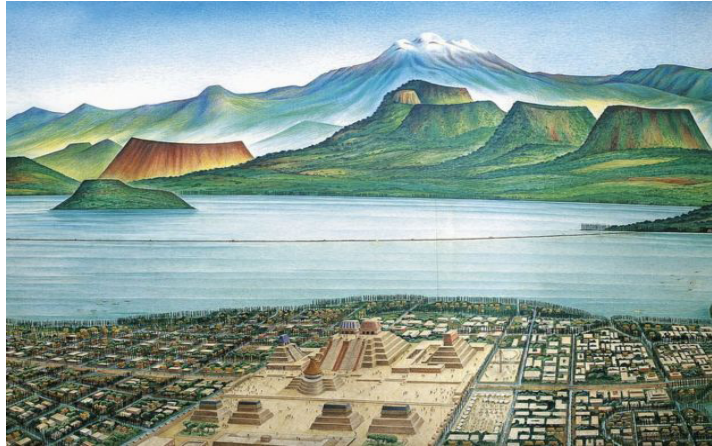


Nota: Firmemente vinculada al agua, la gran Tenochtitlán fue creada en medio de cinco antiguos lagos y ha sido testigo de grandes transformaciones como la desaparición paulatina de los lagos, ríos y canales, muchos de ellos enviados al drenaje de aguas negras.

Por ser considerada una cuenca endorreica, es decir sin salida al mar era una región totalmente distinta, poseedora de abundante vegetación y poblada por gran variedad de animales.

Tenochtitlán fue construida casi enteramente sobre chinampas. Su edificación alrededor del islote amplió la extensión de tierra disponible en medio del lago de Texcoco.

El arquitecto Jorge Legorreta Gutiérrez, (1948-2012), quien fuera uno de los principales investigadores del entorno lacustre de la Ciudad de México nos cuenta en este artículo cómo el séptimo rey de Texcoco, Nezahualcōyotl, construyó dos obras hidráulicas notables. En 1466, realizó el acueducto que permitió llevar agua potable de los manantiales de Chapultepec a la ciudad de México, un dique de 16 kilómetros de largo, llamado el albarradón, desde el cerro de Atzacolco en la sierra de Guadalupe hasta el Cerro de la Estrella en Iztapalapa, este último para evitar las crecidas periódicas del lago de Texcoco para evitar que se mezclaran las aguas salobres con las aguas dulces de los demás lagos. El texto de Legorreta fue tomado de su libro: *El agua y la ciudad de México*. De Tenochtitlán a la megalópolis del siglo XXI (2006).



Tenochtitlán ciudad sobre el agua

Jorge Legorreta

Desde tiempos remotos, la historia de la ciudad de México ha estado vinculada indisolublemente al agua. Durante siglos, miles de habitantes compartieron las riquezas naturales de la cuenca lacustre a dos mil 240 metros sobre el nivel del mar. Después otros tantos hombres venidos de ultramar fueron testigos de la desaparición paulatina de lagos y canales, y de la transformación de sus ríos en drenajes de aguas negras.

En noviembre de 1519, cuando 400 soldados españoles cruzaron los imponentes volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, descubrieron un panorama nunca antes visto por los pueblos europeos. La cuenca de México contaba por aquel entonces, con una superficie de agua de mil 100 kilómetros cuadrados y era alimentada por 48 grandes ríos que bañaban los bosques en las laderas de las montañas. En las riberas de los cinco lagos, que quedaban unidos cuando llovía en abundancia.

Un gran lago se extendía más allá de sus miradas, en cuyas riberas destacaban diez ciudades a manera de puertos: Chalco, Xochimilco, Iztapalapa, Chimalhuacán, Texcoco, Zumpango, Cuautitlán, Azcapotzalco, Tacuba y Coyoacán. Y sobre el agua una ciudad llamada México-Tenochtitlán, una de las maravillas urbanísticas del mundo antiguo.

El pueblo mexica, fundador de la ciudad en el siglo XIV, peregrinó por casi todos ellos; una vez expulsados de Culhuacán, capital de los dominios de Iztapalapa, fundaron en el centro del agua la ciudad de México-Tenochtitlán, una de las maravillas urbanísticas del mundo antiguo.

La sorpresa y el asombro que causó a los españoles tal panorama, los expresó posteriormente Cortés, cuando le escribió al rey Carlos V en la Segunda Carta de Relación fechada el 20 de octubre de 1520: *Esta gran ciudad de Temixtitlán está fundada en esta laguna salada, y desde tierra firme hasta el cuerpo de la ciudad, por cualquier parte que se quiera entrar hay dos leguas [...] y [...] cuatro entradas [...] todas de calzadas.*

A la sorpresa y el asombro, se sumó también un sentimiento de temor derivado del desconocimiento y la dimensión lacustre recién descubierta, y que a la postre serían determinantes en la desaparición del agua; dicho temor se expresa por ejemplo, en el texto que relata el primer soldado europeo que conoció Tenochtitlán antes que Cortés, y que al volver a Tlaxcala dijo: *Ví otro mundo de grandes poblaciones y torres, y una mar, y dentro de ella una ciudad muy grande, edificada que la verdad ponía temor y espanto* (ref. Moreno Toscano, 2000).

Tenochtitlán fue una ciudad construida sobre el agua mediante la técnica de chinampas, es decir, capas compactadas de tierra en parte extraída del fondo de los lagos. Esta tecnología agrícola altamente productiva fue un legado de Xochimilco y otros pueblos ubicados en la ribera de otros lagos. La ciudad de Tenochtitlán fue protegida de las inundaciones por un gran albaradón (muro de piedra) edificado por Nezahualcóyotl en 1449, desde el cerro de Atzacualco (adyacente al del Tepeyac) hasta Iztapalapa; tenía 16 kilómetros de largo y sirvió además para separar las aguas dulces en las que se encontraba la ciudad de las salobres del lago de Texcoco.

Los españoles para conquistar esta ciudad, debieron enfrentarse con la superioridad militar de los indígenas; 200,000 canoas se desplazaban por el agua con mayor velocidad y destreza que las embarcaciones españolas equipadas con pesados armamentos, como cañones, caballos y armaduras. Esto explica que un ejército que utilizaba pólvora tardara casi dos años en derrotar a nativos que solo peleaban con arcos, flechas y escudos de madera y algodón. Los conquistadores tuvieron que construir auténticos barcos para librar una batalla acuática en plenas montañas, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

El primer plano de Tenochtitlán conocido en Europa, enviado por Hernán Cortés al rey Carlos V en 1520, muestra la destrucción del albaradón de Nezahualcóyotl, precisamente para introducir desde Texcoco las fuerzas navales del conquistador español.

La grandeza de las civilizaciones prehispánicas estaba fundamentada en el profundo conocimiento del agua. De la indisoluble relación con tan vital elemento provenía su fortaleza económica, cultural y militar, pues de ella obtenían alimento y protección. La gran Tenochtitlán fue una ciudad sobre el agua, con avanzadas tecnologías para controlar sus niveles y reciclar sus desechos. Así mostró un notable respeto por la naturaleza. Sin embargo, con la lle-



gada del viejo mundo, la situación cambió. El conocimiento profundo, el manejo adecuado y el dominio integral que nuestros antepasados tenían sobre el agua, jamás pudo ser entendido por los hombres de a caballo; suprimir la cultura lacustre era indispensable para asegurar la dominación colonial. A partir del siglo XVI la nueva cultura de ultramar, empezó su errónea tarea de desaparecer el agua de la cuenca de México.

Las tropas españolas destruyeron el Templo Mayor y los demás basamentos prehispánicos con el propósito de acabar con los símbolos indígenas, ya que, para los asombrados conquistadores, los dioses eran demonios que la nueva fe debía destruir; esa fue la fuerza militar y religiosa de la conquista.

Las fantasías que emanaron del renacimiento europeo se expresaron en innumerables imágenes, por supuesto irreales, que atemorizaron al viejo continente. Pero para excluir a los indios de la ciudad hispánica no bastaba con destruir sus templos y sus ídolos; tampoco con edificar la ciudad-fortaleza trazada por el urbanismo renacentista. Había que suprimir el agua que los conquistadores no fueron capaces de entender ni dominar. Así, los canales fueron convertidos en drenajes y el agua de los lagos en depósitos de basura.

La destrucción de las obras hidráulicas prehispánicas, dio origen a las inundaciones, que son desde entonces el azote número uno de la

ciudad. Pero ¿cómo sacar el agua de una cuenca cerrada por montañas a más de 2 000 metros de altitud? ¿Cómo transportarla a lo largo de 350 kilómetros hasta el mar? ¿Cómo desecar los lagos para imponer los patrones urbanos de la cultura de la tierra? La solución la proporcionó la ciencia emanada del renacimiento europeo. A partir del siglo XVI, la nueva cultura de ultramar empezó su errónea tarea de desaparecer el agua superficial de la cuenca de México, así, en menos de 500 años, la ciudad de México y su antigua cuenca, registraron la transformación lacustre y ambiental más grande que se tenga memoria en la historia de la urbanización mundial.

Durante la segunda mitad del siglo XVI, reyes y virreyes ordenaron hacer múltiples proyectos; geógrafos, cosmógrafos y demás científicos llegaron a la Nueva España a cumplir con dicho anhelo. Por fin, después de las grandes inundaciones de 1606 y 1609 se aprobó el proyecto del cosmógrafo Erico Martínez. De los cinco grandes lagos, el de Texcoco era el más bajo. El proyecto original consistía en construir un gran desagüe artificial desde dicho lago para conectarlo al río Tula y sus afluentes, el Moctezuma y el Pánuco, y así conducir el agua a más de 300 kilómetros hasta el Golfo de México. Pero los recursos limitados con que se contaba, obligaron a construir el ducto solo desde el lago de Zumpango. ●

Continuará...